

tro de alegres, animadas, agradables é interesantes relaciones.

Cuando Stephenson se retiraba á descansar, no siempre se permitía entregarse en el acto al sueño ; sino que, como Brindley, se ocupaba en resolver numerosos y difíciles problemas en la cama. Durante horas enteras en su cerebro daba vueltas una idea, estudiando el modo de vencer ciertos obstáculos, ó procurando madurar algún proyecto que le tenía embargada la mente. Alguna observación, que inadvertidamente se le escapaba por la mañana, durante el almuerzo, demostraba que le había robado algunas horas al sueño para dedicarlas á la reflexión y al estudio. A pesar de lo cual, se levantaba á la hora de costumbre, sin que por esto decayera su habitual energía, ni dejara de mostrar en sus ocupaciones diarias la misma actividad.

## CAPÍTULO XII

**Residencia de Roberto Stephenson en Colombia y vuelta á su país. — La batalla de la locomotora. — El « Cohete ».**

Roberto Stephenson estuvo ausente de Inglaterra durante la construcción del ferrocarril de Liverpool, y se encontraba á punto de volverse á reunir con su padre y tomar parte en la batalla de la locomotora, que se avecinaba.

Hemos visto que al volver de la Universidad de Edimburgo, á fines de 1821, estuvo empleado en la dirección de las obras del ferrocarril de Hetton, hasta la terminación y apertura de la línea, en 1822 ; tras lo cual pasó á Liverpool á tomar parte, con el señor James, en el trazado de aquel ferrocarril. Al siguiente, lo hallamos ayudando á su padre en un trabajo análogo, referente al ferrocarril de Stockton a Darlington ; y cuando los talleres de construcción de máquinas locomotoras empezaron á funcionar en Newcastle, tomó una parte activa en la empresa ; la cual, según él decía, se hallaba en completa actividad á principios de 1824. « Salí de Inglaterra para Colombia en Junio de aquel año — dice Roberto — cuando hube terminado de dibujar los modelos de las máquinas fijas de Brusselón,

destinadas al ferrocarril de Stockton a Darlington ».

En aquella época el espíritu de especulación estaba muy generalizado, figurando entre los más atrevidos aventureros las compañías organizadas con objeto de explotar las minas de oro y plata de Sud América. Era muy difícil encontrar ingenieros de minas capaces de llevar á término esos proyectos, así es que se buscaban con empeño, para tal objeto, jóvenes casi faltos de experiencia. La Asociación minera colombiana de Londres, ofreció al joven Stephenson una colocación, proponiéndole que se trasladara á Mariquita, poniéndose al frente de los trabajos de ingeniería de aquella compañía.

Roberto hubiera aceptado la oferta con gran contento, pero su padre objetó que primero sería necesario asegurarse de que semejante cambio de clima era conveniente á su salud, que desde hacía algún tiempo, era algo delicada, debido en parte á su rápido desarrollo, y principalmente á su asidua y constante aplicación.

Padre é hijo se trasladaron á casa del doctor Headlham, eminente facultativo de Newcastle, para consultarle sobre el particular. Roberto acostumbraba á decir más tarde que durante el reconocimiento se había encontrado como en un caso de vida ó muerte para él. Pero con satisfacción vió que la opinión del doctor era que el trasladarse temporalmente á un clima templado era precisamente lo que más le convenía. En vista de esto, la proposición fué aceptada, y a las pocas semanas Roberto Stephenson navegaba con rumbo al Sur de América.

Después de un viaje relativamente feliz, desembarcó en La Guaira, en la costa Norte de Vene-

zuela, el 23 de Julio, trasladándose de allí á Caracas, situada unas quince millas al interior, donde permaneció dos meses, no pudiendo continuar más adelante á causa del mal estado de los caminos.

De todos modos, Roberto no perdió el tiempo en Caracas pues hizo alguna que otra excursión por los alrededores, con la vista fija en la cuestión de minas, objeto principal de su viaje. A principios de Octubre, emprendió la marcha para Bogotá, capital de Colombia ó Nueva Granada. La distancia era de unas 1.200 millas á través de una región accidentada que había que recorrer montado en mula, según la costumbre del país.

Durante el curso del viaje, Roberto visitó muchos de los distritos considerados como ricos en minerales, de los que sin embargo, encontró pocas trazas, excepción hecha de cobre, hierro y carbón, con ligeras indicaciones de oro y plata. Las gentes parecían dispuestas á proporcionarle todo género de informes que sin embargo, al someterse á prueba, resultaban deficientes. Un guía, á quien tuvo á su servicio durante varias semanas, le engañó haciéndole concebir esperanzas respecto á los filones que prometía mostrarle, con los que no podría competir ningún otro, pero al llegar el momento deseado, Stephenson descubrió que todo era una farsa y despidió inmediatamente al guía.

Al fin llegó á Bogotá, y después de celebrar una entrevista con el señor Illinworth, representante de la compañía minera, continuó hasta Honda, atravesó el río Magdalena, y poco después llegó al teatro de sus futuras investigaciones, en la pendiente oriental de los Andes.

Roberto Stephenson acostumbraba á hablar después en términos entusiastas de su primer viaje, montado en mula en Sur América : Todo era nuevo para él ; la variedad y hermosura de la flora del país y lo exuberante de su desarrollo. El aspecto y costumbres de los habitantes de la región, y la manera de viajar, resultaban completamente distintos de todo lo que hasta entonces había visto. Su traje de viaje hasta á él mismo le parecía raro. « Llevaba un sombrero de palma trenzada — decía — con una copa de nueve pulgadas de alta, rodeada de unas alas de seis de anchura ; vestía un traje blanco de algodón y una *ruana* o poncho de rayas azules y rojas con una abertura en el centro por donde poder pasar la cabeza. Esta parte de la indumentaria responde admirablemente á su objeto, sirviendo durante el día para cubrir al jinete y la cabalgadura, y de noche sirve de manta en la hamaca de red, hecha de fibra de pita que todo viajero lleva colgada del arzón para suspenderla de noche de los árboles, ó en el interior de las casas, según las circunstancias lo exijan ».

La parte del viaje que pareció haberle impresionado más, fué la comprendida entre Bogotá y el distrito minero en las inmediaciones de Mariquita. A medida que ascendía por la pendiente de la cordillera, llegando á las primeras estribaciones de las tierras altas, fué extraordinariamente impresionado por el admirable panorama que ofrecía el valle del Magdalena, que había dejado á su espalda, el cual era tan vasto, que no le fué posible determinar el punto en que el curso del río se confundía con el horizonte.

Roberto, como los demás viajeros que habían recorrido la región, notó los cambios notables de clima y de vegetación que se operaban al elevarse desde las ardientes llanuras hacia la fresca brisa de las montañas, pasando de una atmósfera tan caldeada como la de un horno, á otra deliciosamente fresca. En su marcha progresiva y ascendente, encontró otra más templada todavía, que podía calificarse de clima perfecto.

Ante su vista se alzaba la majestuosa cordillera, formando como una barrera levantada cerrando el occidente. Su aspecto obscuro y afilado, é igual en el vértice, en determinadas horas del día, le daba el aspecto de una verdadera muralla.

Roberto se instaló temporalmente en Mariquita, antigua y hermosa ciudad, que ya entonces se encontraba en bastante decadencia. Durante la dominación española, era una población importante, por donde pasaban la mayor parte de las remesas de oro y plata con dirección á Cartagena, donde debían embarcarse en galeones para ser transportadas á Europa. La parte montañosa del Oeste, era rica en plata, oro y otros metales. El propósito de Roberto era elegir lugar adecuado donde poder comenzar inmediatamente las operaciones por cuenta de la compañía. A este propósito, empezó á recorrer el país en todas direcciones, visitando minas de antiguo abandonadas y analizando muestras recogidas en puntos diferentes.

Las minas que llamaron primero su atención fueron las de « Lamanta » y « Santa Ana », explotadas mucho antes por los españoles, á pesar de que, á consecuencia de lo exuberante y rápido de la vege-

tación, toda traza de las antiguas obras se había borrado y perdido completamente.

La reconstitución tenía que comenzar de nuevo : Era preciso abrir camino que condujera á las minas, montar máquinas y hacer pozos donde se encontraba algún rastro de los antiguos filones. Los peones ó trabajadores del país no estaban habituados á rudas faenas, y generalmente acostumbraban á desertar, como no estuvieran estrechamente vigilados, así que no se podía progresar mucho hasta que no llegara la brigada de mineros ingleses que se esperaba. Por su parte las autoridades, no se mostraban muy propicias, viéndose obligado el ingeniero á acudir á un antiguo recurso, para hacer frente á esta dificultad.

« Procuramos todo lo posible — decía él en una de sus cartas — hacernos populares lo que logramos con actos de prodigalidad ». A este fin dió un baile en Mariquita, que sobrepujó en esplendor á los que daba el gobernador en Honda, contando con un grupo de amigos que le prestaron su cooperación. Era, pues, necesario formar de este modo un partido, pues todos parecían dispuestos á minar el terreno á la compañía colombiana en los círculos oficiales. Así es que Roberto no exageraba, al escribir á sus amigos la siguiente : « La incertidumbre con que se llevan á cabo los negocios en este país, es para dejar á cualquiera perplejo ».

Al mismo tiempo, los trabajadores eran atraídos á « Santa Ana », que según escribía el ingeniero, estaba convertida en una feria inglesa en domingo, acudiendo allí gentes de todos los alrededores á comprar carnes y charlar con los amigos. Algunas

veces se mataban tres ó cuatro toros al día, comiendo la gente mucha más carne que antes y adquiriendo más robustez. Por fin llegó la brigada de mineros que Stephenson esperaba de Inglaterra, pero sus paisanos le dieron aún más trabajo que los mismos braceros del país pues era gente ruda, dada á la bebida é ingobernable. Inmediatamente los puso á trabajar en la mina de « Santa Ana », instalándose allí entre ellos, con el propósito, según decía, de ver si era posible apartarlos del detestable vicio de la embriaguez, el cual, si no se le ponía freno, causaría la ruina de todos. Para colmo de males, el capataz que había llegado con los mineros, era hombre discolo é intratable, que con frecuencia reñía de palabras y aún de obra con ellos, faltándoles al respeto, hasta al ingeniero mismo, á quien llegaron á decir en su cara, tanto éste como algunos de sus secuaces que siendo natural del Norte y no de Cornwall, como ellos, no era posible que entendiera de minas.

Roberto, como es natural sufrió mucho con tales contratiempos y a ello vino a unirse la falta de salud, primero fiebres y después recaída de su antigua afección de pecho. Es pues muy lógico que en medio de estas contrariedades, manifestara ardientes anhelos por volver á su tierra natal. Sin embargo no abandonó su puesto, ni dejó de cumplir con su deber : firme y resuelto, mezclando la benignidad con la energía, y no perdiendo nunca la serenidad, consiguió que los obreros cumplieran con su deber, llevando á cabo gradualmente la empresa que había tomado á su cargo. A principios de Julio de 1826, el orden y la normalidad se habían al fin

establecido, y los trabajos se realizaban más satisfactoriamente. Si bien el rendimiento de plata no era todavía muy halagüeño, el ingeniero opinaba que al cabo de tres años de trabajo constante y diligente, las minas llegarían á ser productivas.

Entonces se trasladó al edificio que se había construido para su uso particular en « Santa Ana ». La casa afectaba la forma corriente usada en el país; las paredes estaban formadas de tiras aplastadas de bambú, entretejidas con las largas fibras secas de una planta trepadora; el techo de las habitaciones estaba formado de cañas y el del edificio de palmas. Al ocurrir un temblor de tierra — cosa allí muy frecuente — los habitantes de esas casas experimentaban la misma sensación que si los zarandearan dentro de una canasta, sin sufrir daño alguno. Frente a la casa de Roberto se extendía un barranco muy accidentado que llegaba casi á la base misma de los Andes, cubierto de una soberbia vegetación, en la que se encontraban magnolias, palmas, acacias, cedros, y coronándolo todo, grandes almendros con sus tersas y plateadas ramas cubiertas de preciosas flores. La floresta estaba cruzada en todas direcciones por multitud de insectos de vistosos colores; mariposas con alas de un matiz verdaderamente deslumbrador; aves y pájaros de brillante plumaje y otras que alegraban el bosque con su canto. El incomparable espectáculo de los hermosos crepúsculos contemplados desde el vestíbulo de su modesta casa, era lo que más complacía y admiraba al joven ingeniero, quien solía decir que, después de haberlos contemplado, se resistía á acusar de idólatras á los antiguos peruanos.

Sin embargo, todos estos atractivos naturales no bastaban para reconciliarle con las dificultades de su posición, que que lejos de disminuir, iban en aumento. Los directores de la compañía, se mostraban muy duros con él, haciéndose eco de críticas infundadas respecto á su conducta (por más que luego se prestaron á reconocer la importancia de sus servicios, ) y le colocaban en un estado verdaderamente insostenible. En una carta dirigida al señor Illingworth, residente entonces en Bogotá, fechada el 24 de Marzo del año 1826, Roberto escribía lo siguiente: « Solamente la expresa voluntad de mis representados en Inglaterra, o la seguridad de que ninguna necesidad tienen de reemplazarme, me harán continuar en este país. Además, necesito el consentimiento de mi padre; porque sé que mi ausencia debe haberle perjudicado bastante, pues prolongada más de lo que podía esperarse, es posible que haya contribuido á trastornar sus planes, que de haberse realizado con mi ayuda, nos hubiera colocado á ambos en una posición muy superior á todo lo que se puede esperar al servicio de una compañía, por muy opulenta que sea y por mucha liberalidad con que retribuya á sus empleados.

Lo que puedo hacer en Inglaterra no es fácil que lo conozcan los demás; es por consiguiente difícil que la sociedad llegue a indemnizarme cumplidamente de los perjuicios que me origina el hallarme alejado de mi hogar. Mi prosperidad está ligada a la de mi padre, quien sacrificó lo que tenía, en sentar las bases de lo que pudiera ser un gran porvenir para mí, por cuya razón hay que dedicar

al asunto la mayor atención y la más constante actividad, á fin de obtener con nuestro concurso esa independencia que constituye principalmente nuestra mayor aspiración, y es el objeto principal de nuestro trabajo. »

En su consecuencia, el joven determinó marcharse al terminar los tres años de su contrato, comunicando, su decisión á los directores. Al recibir su carta, la junta directiva, por mediación del señor Richardson, uno de sus miembros, se puso en comunicación con su padre en Newcastle, preguntándole si permitía que su hijo siguiera en Colombia, y que en tal caso la compañía procuraría corresponder dignamente á tal decisión. Stephenson no se avino á esto, insistiendo que también él necesitaba a Roberto con urgencia, y terminado el contrato, era necesario que volviera á su casa.

Respecto á esta resolución decia Roberto :

« Me ha llenado de satisfacción, porque demuestra claramente que anhela tanto mi regreso á Inglaterra, como yo mismo. »

Por su parte, Eduardo Pease, uno de los principales socios de la casa de Newcastle, escribió particularmente á Roberto en los siguientes términos, sobre el mismo asunto : « Puedo asegurarte que los negocios de Newcastle, así como los trabajos de ingeniería de tu padre, se han resentido mucho con tu ausencia, y si no vuelves pronto, lo primero tendrá que suspenderse por completo, porque el señor Longridge no se halla en situación de prestarle toda la atención que necesita, y lo que se *hace*, no da mucho crédito á la casa ».

A Roberto le causó hondo pesar la idea de que se

tuvieran que cerrar los talleres que con tanta dificultad había conseguido establecer antes de que abandonara Inglaterra, así es que escribió al señor Illingworth, haciéndole ver la urgencia de que se arreglara la cosa de modo que le permitiera regresar sin más dilación. Entretanto, se vió postrado de nuevo por un violento ataque de fiebre aguda, y cuando pudo volver á escribir en Junio de 1827, manifestaba su desaliento y lo delicado de su estado.

Por último, bastante restablecido de su enfermedad y en disposición de hacer el viaje, emprendió el regreso á su casa, á principios de Agosto. En Mompox, bajando por el río Magdalena, encontró al señor Bodmer, su sucesor, que venía de Inglaterra, con una nueva brigada de mineros, que se dirigían al lugar que él acababa de abandonar. Al día siguiente, seis horas después de haber salido de Mompox, encontraron un vapor que subía por el río llevando a bordo á Simón Bolívar, el Libertador, camino de Santa Fé de Bogotá, siendo una verdadera contrariedad para Roberto el no haber podido contemplar más que de paso á hombre tan distinguido. Al salir de Mariquita pensaba visitar el istmo de Panamá en su viaje de regreso, con el fin de hacer investigaciones respecto á la posibilidad de abrir un canal que uniera el Atlántico al Pacífico, proyecto que entonces era el tema de animadas discusiones, pero Bodmer le informó de que tal proceder no estaría en armonía con lo expuesto á la compañía de Londres, respecto á lo perentoria que era su vuelta á casa : En vista de esto abandonó la idea, determinando dirigirse lo más brevemente posible á Nueva York.

Al llegar al puerto de Cartagena, se vió obligado á esperar algún tiempo la salida de barcos, cosa que le molestó bastante, con tanto más motivo cuanto que la población se hallaba en aquellos momentos asolada por la fiebre amarilla. Un día que se hallaba sentado en la enorme y desmantelada sala del miserable hotel en que se había alojado, observó la presencia de dos extranjeros, que desde luego le parecieron compatriotas. Uno de ellos era alto y delgado, de aspecto triste y sombrío, vestido humildemente y al parecer sumido en la miseria. Al hacer averiguaciones supo que era Trevithick, el constructor de la primera locomotora ferroviaria, quien volvía de las minas de oro del Perú á su país, sin recursos. Roberto le prestó cincuenta libras para poder llegar á Inglaterra. Aunque Trevithick hizo hablar después de él como inventor, no tuvo ninguna participación en el triunfo final de la locomotora.

Las desgracias de Trevithick en aquel entonces aún no habían terminado, pues naufragó en compañía de Roberto antes de llegar á Nueva-York. Copiamos el siguiente relato del viaje, « lleno de aventuras », comunicado por Roberto Stephenson, en carta á su amigo Illingworth :

« Al principio, el tiempo no fué malo, pasando varios días encalmados entre las islas, lo que después de todo fué una ventaja porque á algunos grados más al Norte, rugían tempestadas violentas, las cuales (según se supo después) causaron á la navegación daños incalculables. De los efectos del huracán, hallamos buena prueba navegando hacia el Norte, al recoger á bordo los restos de dos tripulacio-

nes que flotaban á la ventura sobre cascós desmantelados : una de ellas había estado nueve días sin ninguna clase de alimentos, excepto los cadáveres de dos de sus compañeros, muertos recientemente de fatiga y de hambre ; los otros náufragos llevaban seis días á merced de las olas y no se hallaban tan aniquilados, por más que su debilidad era tan grande, que fué necesario subirlos amarrados á bordo. Un brick-barca que navegaba con rumbo á la Habana, se llevó una parte de estos tripulantes y nosotros la otra.

« Pretender describir lo que sentía al presenciar tales escenas, sería vano empeño. No extrañaréis, pues, que os diga que me causó cierta intranquilidad el pensar que á tan gran distancia de Inglaterra, yo también podía ser víctima de una calamidad semejante. Me consolaba la esperanza de que la suerte sería más benigna para nosotros, cosa que no resultó tan halagüeña como yo esperaba ; porque navegando hacia Nueva-York, después de haber visto la costa por la tarde, á cosa de media noche encallamos en las rocas. El barco se anegó, y hallándose rodeado de grandes rompientes, el casco empezó á abrirse, y antes del amanecer nos encontrábamos en una situación comprometida. Se cortaron palos y jarcias para evitar en lo posible todo lo que contribuyera á aumentar el rozamiento del barco contra la roca, pero todo fué inútil, hasta que al fin, al día siguiente, á las ocho de la mañana, próximamente, después de haber pasado una noche terrible, fuimos sacados del buque náufrago y conducidos á tierra. Yo pude salvar mis muestras